

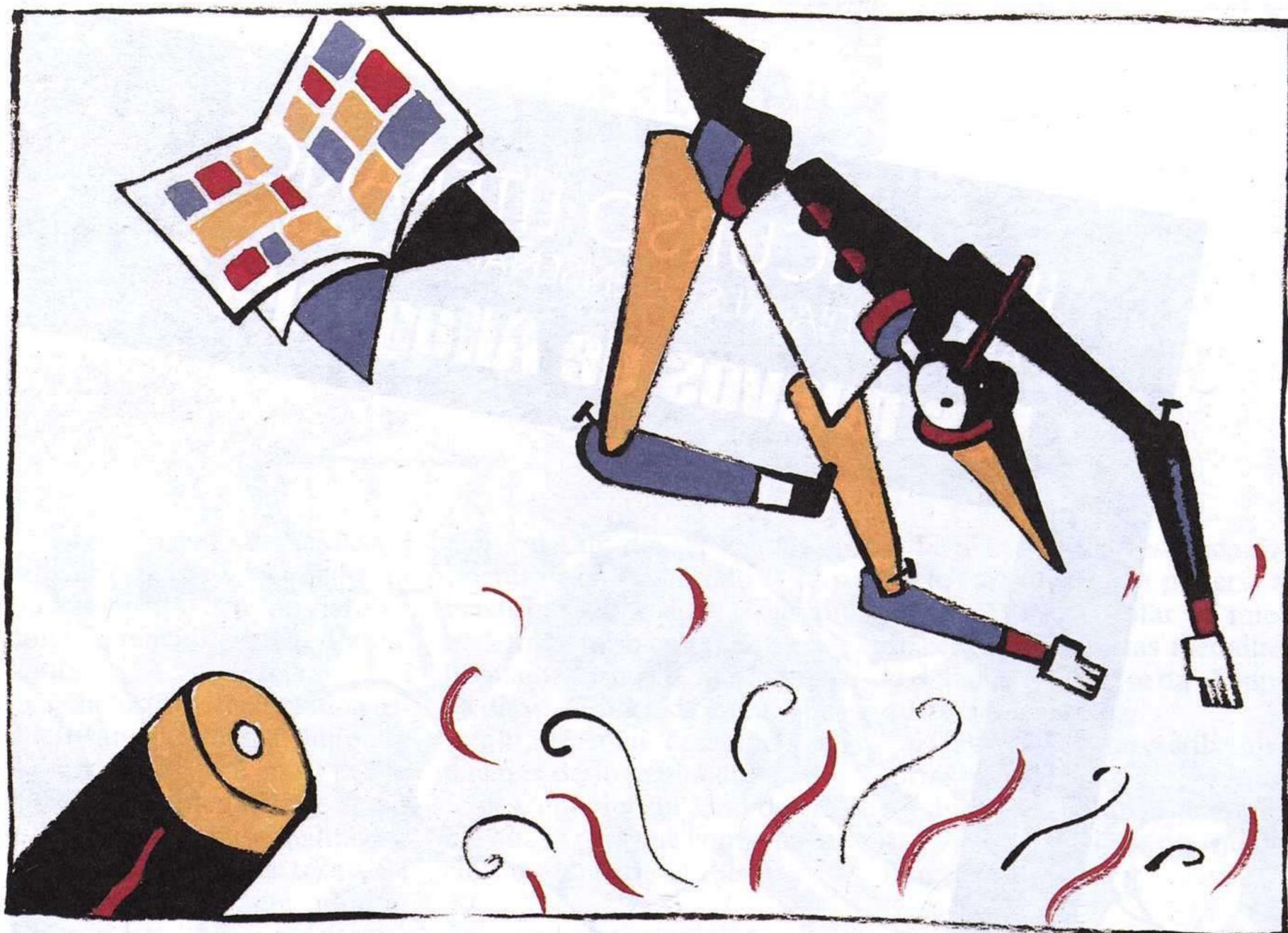
# El final de los cuentos

por José María Merino

**A**unque quisiera, no podría hacer nada. Estoy aquí, silencioso, testigo inmóvil de los cambios de luz y sombra que marcan el paso de las jornadas. Intento entretener mi pasividad imaginando el significado de los sonidos que oigo resonar en la casa, día tras día, que deben señalar rutinas repetidas una y otra vez: los ruidos de cacharros en la cocina, el motor del aspirador sobre los suelos de las alcobas, las ventanas que se abren y se cierran en el cumplimiento de los rituales de limpieza. Acaso también un timbrazo que anuncia la llegada del cartero, el rumor apagado de una breve conversación que no consigo descifrar, la música lejana de la radio. Y yo aquí quieto, obligado a la total quietud. Sólo la vuelta de la niña del colegio, cada tarde, traía a este lugar una noticia de vida cercana. Pero apenas podía oírla unos momentos, antes de que se enfrascase en los trabajos que no había podido terminar en clase. Hasta que llegó a la casa la nueva vecina. Aquella tarde oí su voz como un insólito contrapunto de la voz de la niña y al cabo sentí sus ojos burlones fijos en mí, con una fijeza que me pareció malévol. Es un poco mayor que la niña, aunque no más alta. Las madres han pensado que su mutua compañía ha de ser buena para las dos, y después del colegio se reúnen a estudiar. Pero yo creo que no estudian demasiado: hablan en voz baja, se ríen, acaso recordando sucesos de clase. El otro día me pareció que en su comunicación había algu-

na novedad, porque la voz de la vecina sonaba en solitario con una entonación peculiar, como si leyese o contase algo. Me esforcé por oír y descubrí que estaba contándole un cuento a la niña, lo que me extrañó en estos tiempos en que la principal diversión de la gente de su edad son las consolas y la tele. También me sorprendió que el cuento fuese la historia de la Cenicienta, demasiado conocida por las niñas de esa edad. Fui escuchando el cuento con bastante claridad, pero llegó lo que yo creí el final de la historia sin que la vecina dejase de hablar: «... tras la boda del Príncipe y Cenicienta resultó que, en Palacio, la madre del Príncipe se sintió muy celosa de la belleza y de la bondad de Cenicienta y de lo enamorado que su hijo estaba de ella, y empezó a amargarles la vida a los dos», decía. Agucé el oído todo lo que pude, pero la vecina había bajado la voz, para dar a su relato un tono lúgubre, y sólo conseguí escuchar la última frase de la historia que contaba: «... y así fue el triste fin de la pobre Cenicienta», concluyó, antes de lanzar una alegre risa que fue coreada por su compañera. Desde entonces me desazonaba la presencia de la vecina. Otra tarde, esta vez más cerca de donde yo estoy, tras permanecer un rato atareadas en la escritura de unos cuadernos, la niña de aquí le pidió que le contase otro cuento, y la otra empezó a narrar la historia del famoso flautista. Todo fue conforme a la tradición hasta el momento en que la montaña se cierra a las espaldas de la comitiva de

los niños, obligados a seguir la melodía encantada. La narradora añadió entonces nuevos sucesos al cuento original: primero, que para aumentar el dolor de los aldeanos, su pueblo se había vuelto a llenar de ratones, surgidos como plaga, por algún hechizo, de esas bolas de pelusa que se forman debajo de las camas y de los muebles, y luego que, cuando años después se abrió de nuevo la montaña para dejar salir a los secuestrados, vueltos los niños en jóvenes por el paso del tiempo, éstos, en lugar de reunirse cariñosamente con sus padres, abusaron de su fuerza para echarles del pueblo, con toda la demás gente mayor, obligándoles a vagar por los caminos, donde todos acabaron muriendo de frío y de hambre o comidos por los lobos. Y otra vez unas risas que me parecieron macabras remataron el final del cuento. Aquella tarde había podido contemplar mejor a la vecina y, dentro de esta cabeza tan confusa que tengo, donde se han perdido hace mucho tiempo los rastros de la memoria, me pareció descubrir el reflejo de algo familiar. Además, al llegar, la muchacha se había acercado mucho a mí y me había contemplado otra vez con sus grandes ojos brillantes, frunciendo los labios en una mueca que me pareció sarcástica. Nuevamente debieron estudiar un rato antes de venir al cuarto de juego. La niña le pidió por fin a la otra que le contase uno de aquellos cuentos tan divertidos, y la vecina comenzó a contar la historia del hombre feliz. Acortó bastante la parte más importante del re-



ARNAL BALLESTER.

lato, la que trata de la tristeza del rey y de la investigación para conocer sus causas, y recomenzó la historia en el momento en que, decepcionados por no encontrar el objeto de su búsqueda, los cortesanos que han ido a comprar la camisa del hombre feliz lo dejan solo. El hombre feliz se pone a pensar en el cortejo deslumbrante que ha venido a visitarle, recuerda las calzagaduras enjaezadas con arneses brillantes, los hermosos vestidos, las pieles que orlaban las capas, los gorros de terciopelo donde aleteaban penachos multicolores, y se da cuenta de su gran pobreza, de su desnudez, y comprende que en el mundo hay cosas que no conoce y bellezas y bienes que nunca ha imaginado. Viaja a la corte y percibe todo el abismo de su miseria, pues lejos de su terruño, de sus ovejas y de sus gallinas, pasa mucha hambre y ni siquiera puede conseguir un cobijo para descansar por las noches. Así, el hombre feliz se va convirtiendo en desdichado y acaba odiando a ese rey caprichoso que, ro-

deado de todas las riquezas, se siente tan infortunado. El antiguo hombre feliz, lleno de rabia, un día consigue acercarse al rey y lo mata a puñaladas. Apresado, se le juzga, se le condena, y muere ahorcado. La narradora lanzó otra vez la carcajada con que concluye sus historias y yo me sentí todavía más desasosegado que en las ocasiones anteriores. Esa chica me da miedo. Hoy debe de ser fiesta, porque han venido mucho antes que de costumbre y no han estudiado nada. Han estado mirando unos libros en silencio y por fin la vecina ha empezado a contar otra historia, la de aquel pedazo de madera parlante que un viejo carpintero regaló a maese Panocha y con el que éste construyó un muñeco. El atolondramiento del muñeco sonaba muy ridículo en la voz de la narradora, que relataba su tragedia con cierta ferocidad complacida. Yo la oía con sensación creciente de angustia, y cuando llegó el momento en que el Hada Azul convierte al muñeco en un niño de carne y hueso hu-

bera jurado que mis rodillas temblaban, si no fuese del todo imposible. La narradora hizo una pausa tras el final, en que el niño de carne y hueso se complace en reírse de su pasado de muñeco y, como yo esperaba con fatalismo, continuó hablando. El niño, en lugar de tener todas esas virtudes que los adultos valoran, resultó tan atolondrado y travieso como lo había sido en su anterior estado. Las cosas llegaron a tal punto que otra hada, Hada Amarilla, llegó para castigarle, esta vez con un castigo que no tendría fin. Y la narradora, mirándome a mí con los ojos más crueles que he visto, dijo: «... de modo que lo volvió a convertir en un muñeco de madera, quitándole aquellos dones de la palabra y del movimiento; y en tal forma quedó el muñeco durante muchos años, hasta que, cuando estuvo muy viejo y despintado, alguien lo tiró al fuego». Así fue como recuperé la memoria y, con ella, la conciencia de esta situación atroz, inmóvil y mudo entre los libros y los demás muñecos de la estantería.